

94

Antropología del deporte, actividad física y recreación en el contexto mexicano

Nueva Antropología

Roger Magazine / Sergio Varela Hernández / Aldo Emmanuel Bravo Vielma, "Como una mancha en nuestro historial futbolero": el dilema nacionalista mexicano y la rivalidad entre las selecciones de futbol de Estados Unidos y México • Ricardo Duarte Bajaña, Clientelismos y amistad entre conocidos: el PRI y una barra de futbol en México • Edith Cortés Romero / Joel Pedraza Mandujano, El ocio y el tiempo libre: ¿ausencia en los Planes Estatales de Desarrollo? • Brenda Perea Estrada, Experiencias emocionales en jugadoras de rugby • Fernanda Ramírez Espinosa, Más allá del *super crip*. Percepciones corporales de basquetbolistas sobre silla de ruedas del Estado de México • Miguel Ángel González Ponce de León / Luis Yered Santiago Hernández, "¡Puto el que se quite!" La lucha libre independiente contra el imperialismo popular. Una mirada etnográfica sobre el pancracio pachuqueño • Raúl Nivón Ramírez, Comunicación masiva, industria deportiva y Juegos Olímpicos • Andrés A. Fábregas Puig, Los Jaguares de Chiapas: un momento en el análisis antropológico del futbol

CIESAS · CULTURA SECRETARÍA DE CULTURA · INAH

VOL. XXXIV, NÚMERO 94, ENERO-JUNIO DE 2021 ISSN 0185-0636

Nueva Antropología 94

Antropología del deporte, actividad física y recreación en el contexto mexicano

EXPERIENCIAS EMOCIONALES EN JUGADORAS DE RUGBY

Brenda Perea Estrada*

Resumen: Este artículo, analiza las experiencias emocionales que vivencian las jugadoras de Tlacuaches Rugby Club, equipo representativo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, al atravesar diversas problemáticas sociales y de género que se producen al practicar un deporte que es percibido como violento y poco apto para mujeres. Interesa rescatar cómo viven la felicidad, la culpabilidad, el miedo, la confianza, la frustración y el coraje, y bajo qué contexto se producen estas sensaciones. Finalmente, se reflexiona sobre las desigualdades que se viven en la práctica deportiva femenina y en los procesos que intervienen en la construcción de las subjetividades asociadas al género y al deporte, a partir de la reconstrucción de testimonios, entrevistas y diálogos casuales con las practicantes de rugby en dicha escuela.
Palabras clave: deporte, emociones, género, rugby.

Emotional Experiences in Female Rugby Players

Abstract: This article analyzes the emotional experiences that the players of Tlacuaches Rugby Club, a representative team of the National School of Anthropology and History (ENAH), experience when they are going through various social and gender issues that occur when practicing a sport that is perceived as violent and unsuitable for women. It is of interest to highlight how they experience happiness, guilt, fear, confidence, frustration, and courage and under what context these feelings are produced. Finally, the work presented reflects on the inequalities experienced in female sports practice and the processes involved in the construction of subjectivities associated with gender and sport, based on the reconstruction of testimonies, interviews and casual dialogues with the practitioners of this sport in the ENAH.
Keywords: Sport, emotions, gender, rugby.

INTRODUCCIÓN

El rugby[1] fue un deporte que se constituyó como un coto exclusivamente masculino (Dunning, 2014). Sin embargo, con el paso del tiempo las mujeres se abrieron paso no sólo como espectadoras, sino también como practicantes. Las jugadoras de rugby han tenido que sortear varios obstáculos sociales[2] e institucionales, un claro ejemplo fue la negativa de Internacional Rugby Board (IRB, ahora World Rubgy) por fomentar, organizar y desarrollar este deporte en todo el mundo femenino. Cabe destacar que esta disciplina comenzó a practicarse

* Maestranda en antropología social, UIA. Correo electrónico: brend.perea@outlook.com

[1] Un deporte de pelota con contacto y evasión que se juega en equipo.

[2] Que cuestionan y devalúan su identidad femenina y orientación sexual.

entre las mujeres de manera clandestina desde 1887[3] (quizá antes), pero no fue sino hasta 1998 que la institución mencionada aprobó y avaló su participación en competencias oficiales debido a su interés por volver a formar parte de los procesos olímpicos.

En México, el rugby femenil tomó impulso en 2009 cuando, a petición de la IRB, la Federación Mexicana de Rugby (FMRU) formó el primer equipo: las Serpientes (nombre que recibe la Selección Nacional de Rugby México), el cual compitió por primera vez en el torneo de la North America Caribbean Rugby Asociation (NACRA) en la Ciudad de México; aun con poco tiempo de preparación, las Serpientes alcanzaron el tercer lugar.

El auge de esta disciplina se vería reflejado en 2013, cuando la categoría femenil fue integrada a la Olimpiada Nacional, lo que trajo consigo un semillero de atletas jóvenes que despuntarían y representarían a su país en los siguientes años. Fue en ese mismo periodo que la FMRU organizó el primer Torneo Nacional de Rugby Femenil en la categoría 7's, en el que participarían 27 equipos, suceso que consolidó la práctica entre mujeres, ya que por vez primera se desarrolló un torneo específico para cada rama, avalado, regulado y organizado por la institución que comanda el rugby mexicano, favoreciendo el crecimiento y formación de jugadoras, entrenadoras y árbitros. Sin embargo, dicho torneo presentó varias carencias que se vieron reflejadas en la desorganización, la desatención y la desvalorización de la práctica femenina, ya que, a diferencia de los campeonatos varoniles, la categoría femenil experimentó una invisibilidad de sus logros, poca difusión y escasa seriedad. En ese sentido, las instituciones deportivas se siguen asumiendo como herramientas de género que potencializan la exclusión y la desigualdad que se vive en la sociedad mexicana.

Dicha desvalorización no sólo se produce en las instituciones deportivas, sino que además se reproduce en el contexto social del que provienen las deportistas; por esto, en el presente artículo se propone analizar las experiencias emocionales que las jugadoras de Tlacuaches Rugby Club, equipo representativo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), vivencian al atravesar diversas problemáticas sociales y de género que se producen al practicar un juego que es percibido como violento y poco apto para ellas. Cabe destacar que las colaboradoras sociales de este trabajo son mujeres mexicanas que viven en dis-

[3] Se menciona el año porque es cuando se tiene el registro de la participación de la primera mujer que jugó rugby en la Portora Royal School en Enniskillen, condado de Fermanagh, Irlanda. La señorita Emily F. Valentine se las arregló para jugar y practicarlo en un equipo varonil y al lado de sus dos hermanos. Los documentos indican que logró marcar una anotación y representó a su escuela a nivel local y estatal. Miss Valentine representa a muchas otras mujeres y jóvenes de finales del siglo XIX y principios del XX que querían practicar rugby e incluso lo ejercitaron en secreto, pero muy probablemente, sus historias nunca se sabrán puesto que, en esa época, a pesar de que ya había algunos equipos femeninos en Nueva Zelanda, Francia e Inglaterra, la mayoría de los encuentros no se daban a la luz pública por temor a la represión y la negación social. Rugby Femenino, (s.f.), Birch (s.f.) y Moreno (2020).

tintos puntos de la Ciudad de México y de la zona metropolitana. Existe una gran diversidad entre las integrantes, ya que se trata de madres, estudiantes y/o trabajadoras que, en su mayoría, se han formado académicamente en la ENAH, aunque se han integrado jugadoras ajenas a la institución, con el paso del tiempo; el rango de edad es de 20 a 31 años, y cada una cuenta con historias de vida particulares, distintos capitales culturales, sociales y económicos, pero comparten un fin común: la práctica y la pasión por el rugby.

Es necesario destacar que el análisis antropológico que se presenta en esta investigación se sitúa bajo una perspectiva de género, puesto que tal enfoque nos permite examinar a la organización social en su conjunto, tanto la estructura como las prácticas y acciones que las y los sujetos realizan, las cuales se desenvuelven a partir de una relación dialéctica de poder (Díez y Hernández, 2008: 147-163) que rige la vida colectiva y el deber ser de las personas. A su vez, se realizaron diversas entrevistas semiestructuradas, pláticas informales individuales y colectivas tanto a 15 jugadoras de Tlacuaches como a su entrenador. Se recurrió a la reconstrucción de cinco historias de vida y se rescataron diversas experiencias y anécdotas que se plasmaron en la red social WhatsApp, con la finalidad de recabar y conocer las emociones que las mujeres experimentan al practicar el rugby. Todo ello se llevó a cabo desde una participación con observación, propuesta metodológica elaborada por Löic Wacquant (2006).

Al respecto, se torna necesario señalar que la obra del sociólogo francés Wacquant titulada *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, propone un trabajo interdisciplinario entre la sociología y la antropología, en el que el autor utiliza el método etnográfico para analizar los rasgos culturales, las redes sociales y los procesos identitarios que emanan del mundo del boxeo, centrando su estudio en un barrio de Chicago, Illinois, en Estados Unidos. La propuesta metodológica de Wacquant redimensiona la observación participante, propia de la etnografía clásica, y propone realizar una participación con observación, ya que la experiencia corporal del investigador puede servir como herramienta de exploración, haciendo que el cuerpo del estudioso funja como un instrumento más que permite no sólo dar cuenta de las prácticas deportivas, sino también vivirlas y experimentarlas, convirtiendo este método en un referente esencial para realizar esta investigación.

UN POCO SOBRE LA HISTORIA DE TLACUACHES RUGBY CLUB

El equipo de Tlacuaches se formó gracias a la iniciativa del estudiante de licenciatura de etnohistoria Ramsés Romero Reyes (q.e.p.d.) en el año 2010, cuyo propósito se centró en atraer a los y las alumnas a un ambiente libre de actividades que perjudicaran su salud y, a la vez, formar un equipo representativo de la escuela, ya que hasta el momento no lo había. Desde su creación, el con-

junto no ha contado con instalaciones idóneas, presupuestos y demás circunstancias, aunadas a la problemática para practicar cualquier deporte en México y, concretamente en la ENAH; pero a pesar estas circunstancias, el grupo ha logrado crecer como institución deportiva, han moldeado una identidad y filosofía de equipo basado en valores como la hermandad, la sororidad, la solidaridad, la equidad y el respeto.

El equipo se encuentra conformado por dos ramas: varonil y femenil, y una de sus características es que ambos conjuntos comparten dinámicas de entrenamiento, actividades sociales y deportivas, aun y cuando cada uno compite de forma independiente. Pese a que han convivido por mucho tiempo, y también han experimentado distintos procesos de socialización, esta investigación se centró sólo en la experiencia emocional de las jugadoras, reservando las vivencias masculinas para otro momento. Antes de comenzar con el análisis que nos compete, el siguiente apartado presenta un esbozo general sobre la manera como fue construido el estudio de las emociones desde la antropología y, a su vez, destaca el marco referencial que guiará este trabajo.

LAS EMOCIONES EN EL ANÁLISIS ANTROPOLÓGICO

El estudio de las emociones ha sido abordado desde distintas disciplinas, tanto en las ciencias sociales (filosofía, historia, psicología, sociología, por mencionar algunas) como en las ciencias naturales (biología, neurología, psiquiatría, etc.). En un inicio, los estudios sobre las emociones desde la una perspectiva antropológica fueron trazados por dos tendencias analíticas: por una parte, destaca la corriente naturalista-universalista, que se basó en la teoría darwiniana sobre el comportamiento humano. Un claro ejemplo de esta teoría son las obras de Paul Ekman publicadas en los años setenta: *The Face of Man: Expressions of Universal Emotions in a New Guinea Village* (1890) y *Emotions Revealed: Recognizing Faces and Feelings to Improve Communication and Emotional Life* (2004), libros que enuncian que las expresiones faciales que producen las emociones son universales y son transmitidas genéticamente. Al respecto, el elemento cultural interviene sólo en la diferenciación, la prescripción y la categorización de las emociones; sin embargo, al basarse exclusivamente en las expresiones faciales, el autor olvida que las emociones se expresan no sólo con la cara, sino también con el cuerpo y con la voz.

Una dificultad más que se encuentra en las obras de Ekman es que este tipo de publicaciones se concentran en comprar la dimensión expresiva en dos culturas diferentes, lo cual no alcanza para argumentar que las expresiones faciales sean las mismas en todas las sociedades. Por otra parte, la tendencia culturalista-constructivista, a partir de la teoría, la etnografía y la lingüística de autores como Clifford Geertz (1973), Rosaldo (1980 y 1984) y Lutz y Withe (1986), se ha ocupado de abordar las

emociones desde una perspectiva sociocultural.

Cabe destacar que los estudios antropológicos sobre las emociones toman impulso a partir de 1980 gracias a la corriente teórica feminista que puso especial atención en el análisis del aspecto social y el estructural que giraba en torno a la subjetividad humana, preocupaciones que permitieron vislumbrar que la dimensión social juega un papel muy importante en el abordaje teórico, metodológico y estructural. Representó un reto comprender y el analizar el espectro emocional por su contenido psicológico, biológico y social, ya que cada individuo somatiza y expresa las emociones de manera diferente; a su vez, las emociones provienen de un contexto sociocultural que dicta a éstas, ya que cada sociedad construye su cosmovisión, la vida en conjunto y fomenta formas particulares en relación a sus usos y costumbres, motivo por el cual "lo emocional no puede ubicarse totalmente en el individuo, sino que en su análisis deben incorporarse a las prácticas culturales y los sistemas simbólicos sociales (*cfr*. Hutchins y Hazlehurst, 1995, en Ramírez, 2001: 182).

En sintonía con este argumento, el antropólogo David Le Breton argumenta que las emociones:

> Son relaciones, y por tanto son el producto de una construcción social y cultural, y se expresan en un conjunto de signos que el hombre siempre tiene la posibilidad de desplegar, incluso si no las sienten. La emoción es a la vez interpretación, expresión, significación, relación, regulación de un intercambio; se modifica de acuerdo con el público y el contexto, se diferencia en su intensidad, e incluso en sus manifestaciones, de acuerdo con la singularidad de cada persona… El individuo añade su nota en un patrón colectivo susceptible de ser reconocido por los pares (de acuerdo con su historia personal, psicología, estatus social, sexo, edad, etc.) (Le Breton, 2012: 69).

Por lo tanto, se argumenta que las emociones no son sólo esquemas individuales aislados; tienen que ver con esquemas cognitivos, fisiológicos, condicionales y de comportamiento social; son productos de interacciones socioculturales; son hechos y situaciones que se configuran a través de signos, los cuales se expresan en diversas relaciones y construcciones culturales que se impregnan en la vida de cada persona; dependen de un corolario cultural, pero también familiar, religioso, económico y de la historia de vida de cada actor social. Por ello, Eugenia Ramírez propone analizar

> Los procesos emocionales como un campo constitutivo/constituido de la experiencia encarnada ("embodied") de un sujeto biopsicológicosocial construido sociohistórica y políticamente a partir de diversas ideologías —morales— y tecnologías educativas y del cuerpo a lo largo de la continua ontogenia del ciclo vital humano. Las emociones permiten al sujeto dar

> valor, saliencia y significación (subjetiva e intersubjetiva) a su relación constitutiva con el mundo, implicándolo, engarzándolo a él. Se trata de un sujeto que siente con otros sujetos que también sienten (Denzin, 1984), compartiendo y negociando significados sobre lo que activamente le sucede. Las dimensiones "pragmáticas" y comunicativas (Schieffelin, 1983) de lo emocional (Papataxiarchis, 1994; Williams, 2001; Crossley, 1998, en Williams, 2001) son arte y parte del proceso por medio del cual las personas, los sujetos sociales, los grupos, construyen y son construidos por su entorno, siempre social. Ésta es la "irracionalidad" que nos cualifica frente a otros parientes próximos y lejanos; es ésa, entre otras, la condición y el producto de nuestra humanidad (Ramírez, 2001: 190-191).

Las emociones son dialógicas; por un lado, son sociales, culturales e históricas, en la medida en que se construyen de manera distinta en cada tiempo y contexto. Por otro lado, se personalizan en cada individuo, lo cual vuelve interesante y complicado su análisis; siguiendo a Ramírez, "el estudio de las emociones debería ser abordado a partir de procesos complejos, los cuales involucran muchas dimensiones tanto en lo social como en lo individual" (Ramírez, 2001: 177-200). Por su parte, Edith Calderón apunta que "las emociones, pasiones, sentimientos y afectos son conjuntos que deben ser vistos como símbolos que dan lugar a intercambios regulados por las culturas" (Calderón, 2014: 11).

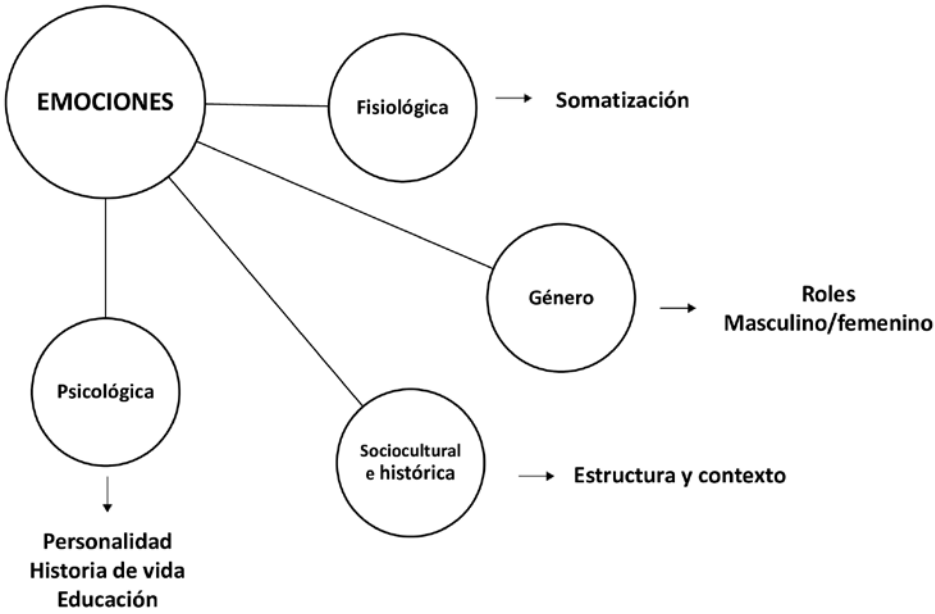
Por tanto, en este artículo se entiende a las emociones como un constructo biológico, social, histórico y cultural, que detonan reacciones psicofisiológicas que se presentan a partir de ciertos estímulos y situaciones sociales. Dichas reacciones psicofisiológicas se particularizan, expresan y manifiestan en cada individuo de manera singular, a pesar de que tienen un carácter social, por lo cual, la dimensión emocional es un fenómeno global que se produce en la mente y que se expresa con el cuerpo y con los sentidos (como bien apunta Bourdin, 2016) bajo un esquema social de políticas culturales inconscientes que dictan qué, cómo y cuándo se debe sentir. Mientras que la somatización de las emociones se refiere a la expresión fisiológica que se deriva de ciertas situaciones sociales.

Las emociones forman parte de un universo que las construye, simboliza y regula, en distintos ámbitos: corporales, educativos, psíquicos, sociales, etc., los cuales se cimientan a partir de cuatro dimensiones: fisiológica, genérica, psicológica, sociocultural e histórica (cuadro 1), a saber:

Dimensión sociocultural e histórica. Se refiere al elemento social que simboliza, significa, construye y reconstruye el aspecto emocional en un espacio y tiempo definido que culturalmente delimita el comportamiento colectivo de los individuos en una comunidad determinada.

Dimensión genérica. Se refiere a los procesos culturales construidos a través de las relaciones y roles sociales

Cuadro 1. Dimensiones que configuran el espectro emocional.



Fuente: Elaboración propia.

entre hombres y mujeres, los cuales contienen una asignación diferenciada que condiciona el desarrollo de sus identidades como personas y proyectos de vida. Por medio de hábitos, condicionamientos, estereotipos y pautas educativas se definen, producen y reproducen roles y tareas de acuerdo con el sexo biológico de las personas (Silveira, 2001: 457); de esta manera, la dimensión de género dictará y determinará qué, cómo y cuándo deben sentir los individuos ante diversos hechos o situaciones sociales.

Dimensión psicológica. En este aspecto se refleja tanto la historia de vida, el tipo de educación, la personalidad, la identidad y los diversos componentes íntimos que se imprimen o expresan en la mente de los sujetos.

Dimensión fisiológica. La somatización de las emociones tiene un componente biológico que no se puede eludir, puesto que comprende la expresión fisiológica de un sentimiento en el cuerpo.

Las dimensiones descritas se impregnan en el proceso emocional de los individuos, es decir, la manera en el cómo o porqué se expresa una emoción con una base sociocultural, pero también, biológica, psicológica, histórica-contextual y de género: "quizás la alegría o la tristeza que se siente

en un determinado momento sea igual para todas las personas, pero las circunstancias socioculturales que desencadenan la expresión de estas emociones varían" (Puig, 2012: 106). En este sentido, a continuación se relatan las experiencias emocionales que las jugadoras presentan al practicar un deporte de contacto como lo es el rugby; se rescata cómo viven la felicidad, el miedo, la confianza, la frustración y el coraje, y bajo qué contexto se producen estas sensaciones.

EXPERIENCIAS EMOCIONALES DE TLACUACHAS RUGBY CLUB

Las emociones toman un papel esencial en la vida no sólo deportiva, sino también personal y social de las jugadoras de rugby; por lo tanto, se vuelve de suma importancia conocer los sentimientos a los que se enfrentan para comprender de qué manera influye el entorno social en la experiencia emocional de las practicantes.

Antes de comenzar cabe preguntarse: ¿de qué manera se puede analizar una emoción siendo algo intangible? Puig argumenta que el análisis de las emociones conlleva un examen comunicacional que puede seguirse mediante un proceso de decodificación, descodificación e interpretación. En este sentido, apunta que "al tratarse de procesos internos la persona debe encontrar un sistema de códigos para poder comunicar, igualmente quien recibe el mensaje debe encontrar las llaves decodificadoras adecuadas para, así, interpretar correctamente la emoción" (Puig, 2012: 71-72).

Para codificar las emociones que experimentaron las *tlacuachas*[4] se utilizaron los instrumentos de observación propuestos por Puig, quien apunta que es necesario "apreciar los aspectos que [voluntaria o] involuntariamente se ocultan [o expresan] para poder interpretar de manera correcta la emoción que se transmite", por lo cual, se debe descifrar:

1) *El lenguaje corporal*; analizar cómo comunica el cuerpo lo que siente.
2) *La conducta*; observar los comportamientos que se muestran ante cierta situación.
3) *Los relatos emitidos*; intentar explicar o narrar lo que sentimos.
4) *Las reacciones espontáneas*; que se refiere a la somatización involuntaria de la emoción (Puig, 2012).

La autora argumenta que es de suma importancia conocer los aspectos sociales, culturales e históricos en los que la emoción se produce, ya que estos factores son indispensables para interpretar de manera correcta la dimensión emocional (Puig, 2012). Estos elementos fueron utilizados para realizar el análisis de los datos etnográficos que a continuación se presentan; también, se establecieron diversas charlas formales e informales, colectivas e individuales a lo largo de distintos momentos y acontecimientos sociales como: entrenamientos, convivencias, juegos, salidas, comidas, etc. Además, se incentivó la interacción en

[4] Nombre con el que se autodenominan las jugadoras de Tlacuaches Rugby Club.

el tercer tiempo; la ingesta de alcohol y el ambiente festivo permitió obtener información empírica bastante valiosa; sin embargo, lo que realmente nos hizo comprender que las emociones son un factor clave en la vida de las colaboradoras sociales de esta investigación fue: el acompañamiento hombro con hombro, la participación con observación que permitió comprender las dinámicas y las emociones que se producen en los juegos y en los entrenamientos. Realizar a su lado ejercicios difíciles, vivir con ellas las lesiones, las derrotas, los triunfos, las alegrías y tristezas, y el formar parte de diversas actividades extracancha, permitieron reconocer, conocer, experimentar y comprender los diversos mecanismos que infieren en las experiencias cotidianas de las protagonistas de este artículo: las jugadoras de Tlacuaches Rugby Club.

Por este motivo se decidió abordar la dimensión deportiva mediante la propia experiencia corporal, convirtiendo el cuerpo, de esta manera, en una herramienta más que no sólo permitió reconocer la percepción emocional de las jugadoras, sino que también infirió en la reflexión antropológica sobre sus prácticas sociales, físicas, emocionales y personales. En ese sentido, la participación con observación (Wacquant, 2006) "permite adherirse a vivencias íntimas y ancladas que suelen ser difíciles de acceder y comprender a través de observaciones y entrevistas" (Del Mármol *et al.*, 2012: 113), siendo por ello un complemento ideal para la recolección de información en cuanto a la construcción y el análisis de la antropología del deporte y de las emociones.

Cabe aclarar que las emociones no son unidades estables, ya que dichas sensaciones, al igual que el deporte, se han definido a partir de distintos momentos históricos y socioculturales. Por ejemplo, en la antigua Grecia existía un amplio grado de violencia y crueldad en la práctica deportiva; la forma de expresar y comunicar cierto tipo de emociones era muy distinta a la forma en que se concibe en el siglo XXI (Elias y Dunning, 2014); es decir, el deporte "depende de cierto tipo de códigos culturales predeterminados" (Puig, 2012: 70). Por ello, tanto las emociones, como el campo deportivo, deben situarse en un tiempo, espacio y contexto determinado, ya que su entendimiento puede ir variando, dependiendo de la época, el tipo de sociedad, el tipo de deporte, el género, entre muchas variables más.

El campo emocional deportivo se produce a través de dos vertientes distintas: "*1)* según los intereses del juego; distraer al adversario, romper su ritmo de juego, ganar tiempo, provocar una penalización [imponerse mentalmente, frenar al adversario], etc., y *2)* según los condicionantes socioculturales de los deportistas": historia familiar, vida amorosa, éxito laboral, etc., por lo cual, las emociones que experimentan las personas a lo largo de su andanza en el deporte se incrustan a partir de diversas circunstancias sociales y culturales (Puig, 2012).

En ese orden de ideas, se argumenta que las emociones son situacionales

y que se somatizan a partir de un mosaico de aspectos socioculturales que pueden expresarse de distintos modos; por ejemplo, al iniciar sus competencias, cada una de las *tlacuachas* presencian diversas emociones, sobre todo cuando se trata del primer encuentro de los torneos a los que asisten: algunas chicas se sienten con muchos nervios, otras se muestran ansiosas por iniciar, otras tantas han llegado a sentirse temerosas y desconfiadas, lo que les produce hambre, ganas de evacuar, nervios, etc. A pesar de que las jugadoras se encuentran inmersas en la misma circunstancia competitiva, la somatización[5] y la expresión de las emociones que experimenta cada una deviene de distintos aspectos personales, sociales y culturales, que no necesariamente se forman por la práctica del rugby. Se puede decir que dentro de las emociones existe un espectro de aspecto social y psicológico que simboliza, significa, construye y reconstruye la dimensión emocional, al tiempo que delimita el comportamiento colectivo de los individuos en una cultura, espacio y tiempo definido.

Al respecto, se señala la siguiente anécdota recuperada del diario de campo, la cual hace alusión al Campeonato Nacional de 2016:

> […] una jugadora no le comentó a su familia que asistiría a un partido de rugby, debido a la negativa de sus padres por apoyarla; momentos antes de iniciar el juego, dicha jugadora comentó que sentía mucho nerviosismo, miedo y náuseas ("estómago revuelto"); al preguntarle por qué se sentía de esa manera, ella contestó: "me da miedo lastimarme y que mis papás se enteren que vine y me regañen"; algunas compañeras la trataron de calmar, dándole palabras de aliento y recordándole los entrenamientos: "no te preocupes, trata de estar tranquila, no te pondrás en riesgo porque has entrenado, trata disfrútalo", argumentaban las jugadoras.[6]

Esta situación demuestra que el campo deportivo no es una dimensión aislada, sino que en él intervienen múltiples factores, ya sean familiares, sociales, económicos, religiosos, entre otros. A continuación se presentarán las narrativas que las jugadoras han expresado a lo largo del trabajo de campo, y se resaltarán los casos más representativos. Cabe destacar que éstos son parte de un discurso colectivo que en menor o en mayor medida comparten las integrantes del grupo.

Existe un inmenso corolario emocional que las jugadoras experimentan al practicar rugby, "aunque la intensidad emocional se extiende más allá del tiempo y espacio en el que se juega" (Hochschild, 1979: 552); para este trabajo sólo se resaltarán las sensaciones de felicidad, frustración, coraje, miedo, culpabilidad y confianza.

En una actividad en conjunto se les preguntó a las jugadoras cuáles eran

[5] Entendida como la expresión biológica y personal de una emoción en el cuerpo que se genera a partir de una sensación producto de un corolario social y cultural

[6] Relato rescatado del diario de campo, noviembre de 2016.

sus momentos más felices y alegres dentro del rugby; algunas mencionaron diversos momentos individuales: "cuando logré hacer un *tackle* a una chica que era bastante buena o cuando por fin me salió un *pise*[7] que había estado practicando".[8] Sin embargo, la mayoría de las jugadoras mencionaron momentos individuales y colectivos:

> […] la respuesta normal sería como cuando anoté mi primer *try* o cuando pude dar un pase largo increíble (risas), pero creo que para mí el momento más feliz no es uno específicamente sino cada vez que se logra hacer un *try* o ganar un partido por un buen trabajo en equipo; eso me puede hacer llorar de felicidad porque se ve el trabajo de meses de todas las jugadoras y la verdadera unión en la cancha… Mis momentos felices no son míos, son de mi equipo y eso me llena el corazón.[9]

Cuando se realizó dicha pregunta en otro momento y de forma individual en dos conversaciones, las jugadoras sostuvieron una narrativa similar, pero esta vez la asociaron como los momentos extra-cancha y a las relaciones cotidianas en el entrenamiento:

> […] los días de lluvia en los entrenes, cuando terminábamos todos empapados y llenos de lodo, cuando ganamos, cuando vamos al tercer tiempo y hacemos juegos y tonterías, cuando anotamos después de una jugada que hemos practicado toda la semana, cuando estamos juntas y veo las caritas de mis compañeras, mis momentos felices han sido tantos que me cuesta enumerarlos…[10]
>
> […] los entrenes en los que éramos muchas personas y luego convivimos un rato, cuando íbamos por un café o por quesadillas […].[11]

La felicidad que experimentan las *tlacuachas* se encuentra fuertemente asociada al trabajo en equipo, al trabajo individual y a las relaciones de compañerismo que se entretejen tanto en los entrenamientos como en los juegos y en los momentos de socialización que le suceden a la práctica del rugby. Es en estos momentos cuando se fomentan los lazos de hermandad y solidaridad. A pesar de sentir felicidad, también llegan a experimentar sensaciones de enfado, tristeza y frustración:

> Recuerdo una vez que jugamos contra un equipo muy sucio, nos tiraban patadas, codazos, hacían *tackles* altos y todo el tiempo estaban fuera de lugar; el árbitro no les marcaba ninguna sanción, yo estaba muy enojada, frustrada y triste porque las cosas no nos estaban saliendo nada bien; sentía que mi cabeza iba a explotar, la

[7] Se refiere al cambio de dirección que se efectúa con los pies en la carrera para evadir al contrario y evitar un *tackle*.

[8] "Cintia", conversación informal, 19 de junio de 2016.

[9] "Karen", entrevista abierta, 24 de mayo de 2016.

[10] "Luisa", charla informal, 19 de abril de 2018.

[11] "Karina", charla informal, 24 de abril de 2021.

> sangre me corría y hasta creía que me veía rojísima del coraje […] Al terminar el juego estaba que explotaba, nos saludamos con el otro equipo,[12] ni siquiera voltee la mirada a las contrarias ni a mis compañeras, rompimos[13] como es la costumbre […] No había salido de la cancha y mis ojos ya estaban llenos de lágrimas, volteo y vi a otra compañera igual, ¡ya me quería ir!, ¡me había hartado!; el coach nos reunió en un círculo, dijo que estaba bien sentirse frustrada, enojada o triste, que ese círculo se trababa de sacar toda la incomodidad y toda esa basura que sentíamos, que nos sintiéramos libres de expresarnos y que nadie lo debía tomar a mal pues ese era el objetivo; yo me desahogué, saqué toda esa frustración, mis compañeras hicieron lo mismo, todas lloramos y después nos reímos. Esa sesión me reconfortó, me hizo ver que mis amigas sentían igual que yo, que no podía ni debía permitirme abandonarlas; tomamos agua, nos estiramos y volvimos al siguiente juego, el cual ganamos, nos sobrepusimos, si no hubiéramos hecho el circulo no sé qué hubiera pasado.[14]

Las emociones son complejas y cambiantes; varias de ellas pueden experimentarse al mismo tiempo dentro del deporte, por lo cual pueden tener un efecto en espiral que se guía mediante una perspectiva introspectiva (Snyder, 1990) y comunicativa, a partir de la comunicación y la empatía colectiva; espiral que puede transformar un sentimiento negativo a uno positivo. En este caso, el circulo que forman las jugadoras junto con el entrenador sirve como un basurero de emociones negativas, donde las practicantes pueden expresar libremente su sentir, alejando los sentimientos nocivos de ellas mismas y del grupo, lo cual permite resguardar el bienestar personal y social del equipo. El hecho de compartir vivencias y comprender que existe una persona más que *siente lo que yo estoy sintiendo*, genera empatía, sostén, sororidad[15] y demostración de afecto entre las integrantes, lo cual refuerza tanto la identidad colectiva como la identidad individual, generando, a partir de redes de apoyo, complicidad, compromiso, afinidad, cercanía e identificación.

La tristeza es un sentimiento que también se encuentra en la práctica deportiva; al respecto, se describen dos tipos de circunstancias que producen esta emoción: el entorno social y las lesiones. El primero se refiere al poco apoyo y solidaridad que las jugadoras reciben de su núcleo cercano, el rechazo por parte de amigos, familiares o parejas se vuelve un factor muy importante; algunas chicas optan por abandonar o pausar la práctica de este

[12] Regularmente, al concluir el juego, ambos equipos forman dos hileras y se saludan y/o felicitan.

[13] Cada equipo se reúne para decir el nombre de su conjunto.

[14] "Esperanza", entrevista abierta, 1 de marzo de 2018.

[15] Palabra muy recurrente entre las jugadoras, entendida como los lazos de apoyo y solidaridad que trascienden la cancha, pero que se gestan al compartir entrenamientos, juegos y convivencias dentro del equipo.

deporte, mientras que la mayoría decide transformar y romper con los esquemas sociales que intentan regular sus prácticas corporales.

> [Mi familia] al principio no estaban de acuerdo [en que practicara rugby]... Mi mamá me decía: para pegarte te doy yo… ¡Ya déjalo!… Cuando me lesioné, que no fue en el rugby propiamente sino en una prueba física, me decía ¡ya ves!, es que ese deporte no es bueno… Eso me hacía sentir mal, triste… Sentía que me veía medio ridícula, ya estando grande y haciendo deporte… Pero ahora ya no me importa, digo, bueno, no estoy haciendo nada malo y al contrario, si supieran lo que el rugby ha aportado a mi vida creo que ni lo cuestionarían… Cuando empecé a entrenar una chica de mi salón me dijo: los de rugby parecen borreguitos, mensitos, siempre están uno detrás del otro… ¿Para qué bajas si te vas a volver a lastimar? ¿Qué estás buscando?... Una maestra también me dijo: si no sales de antropóloga, mínimo vas a salir de jugadora de rugby, me hizo sentir tonta…[16]

Cabe destacar que, al no contar con el apoyo o la dimerización de su familia, algunas jugadoras han llegado a sentir coraje:

> [El único comentario negativo que he recibido ha sido por parte de] mi hermano el mediano, él se cree muy deportista, demeritaba mis habilidades… A veces sale a jugar futbol y me dice tú no aguantarías, pero sí lo aguanto porque lo vivo; la dinámica del futbol y del rugby es diferente, ambas son pesadas, yo no digo que el futbol no lo sea tanto… Más bien, tú deberías quitarte esa idea porque nunca me has visto. Me da coraje que diga: "tú no puedes hacer nada y estás mensita". Cuando les cuento lo que hice en un partido me dice: "no te creo, mira tus piernitas… Estás toda flaquita, no te creo que tires a alguien más alto que tú, que puedas hacer eso".[17]

Regularmente se tiende a desvalorizar la práctica deportiva y las aptitudes físico-atléticas de las mujeres, lo que puede generar sensaciones de enojo e injusticia entre las practicantes. Pese al poco apoyo que las jugadoras han encontrado, las sensaciones de tristeza y rabia que esto les produce, ellas han generado una vía alternativa de emancipación: se han refugiado en los lazos de sororidad y hermandad que han forjado a través de la práctica deportiva:

> [Sigo practicando el rugby por] los lazos que hemos formado; esa unión, respeto, compañerismo, sororidad, camaradería que se forma a raíz de practicar un deporte me agrada mucho… [la relación con mis compañeras] es muy buena y honesta; no considero que sea una amistad hipócrita como he encontrado en otros grupos o deportes en los que he estado… Somos

[16] "Anaid", relato rescatado de su historia de vida, 26 de abril de 2018.

[17] "Nial", fragmento pescado de su historia de vida, 24 de mayo de 2018.

> amistades exigentes porque no nos solapamos nada, nos hacemos ver en lo que nos estamos equivocando y que podemos ser mejores…[18]

La segunda situación que produce tristeza y culpabilidad en las *tlacuachas* son las lesiones, circunstancias que dentro del deporte no se pueden evitar y que implica dejar por un tiempo la práctica del rugby. A continuación se rescatan tres ejemplos: "[Cuando te lesionas y acudes a consulta los médicos] te hacen sentir culpable y triste, como si tú te provocaras la lesión por gusto, porque tú te pones en esa situación, ¿no?; no se toma en cuenta que son probabilidades… Accidentes… Algo que te puede pasar incluso si no haces deporte".[19]

En México, en la mayoría de las ocasiones, el trato de los profesionales de la salud hacia los pacientes es sumamente deficiente; cuando se trata de lesiones provocadas por alguna disciplina deportiva, el diagnóstico de los médicos que no están especializados en deporte (que en el Seguro Social son los que casi siempre atienden) tiende a ser fatalista; no existe sensibilidad, ni empatía hacia los sujetos que sufren algún tipo de lesión provocada por una actividad recreativa. Aunque claramente hay excepciones: son más las jugadoras de rugby que han sufrido alguna lesión y que han recibido un trato indigno, que las que se han topado con un trato empático, pero mucho tiene que ver con imaginarios de género: ya sea por la condición social que representa ser una mujer que juega un deporte de contacto, por las prácticas lúdicas y corporales que realizan, las cuales representan una falta de "cuidado" sobre su cuerpo y/o por transgredir el rol convencional que se ha asociado a su feminidad.

Al lesionarse, las jugadoras llegan a sentir tristeza puesto que el tiempo de recuperación implica abandonar las canchas y la interacción social por un periodo indefinido:

> [Al fracturarme la tibia y el peroné] recuerdo que en el hospital cuando estaba en la fila esperando para que me sacaran radiografías, estaba llore y llore y todos pensaban que era porque me dolía la pierna, y sí me dolía, pero no lloraba por eso, lloraba por la tristeza de pensar que tal vez no podría volver a jugar… Ese momento fue muy triste… [Cuando regresé después de la lesión] en uno de los entrenamientos Dante (el entrenador) nos puso a dar vueltas de carro y yo no podía hacerla porque tenía mucho miedo, mucho, mucho miedo y no pude, me paralicé y lloré del coraje que me daba sentir miedo… En eso, el Dante se acercó y me dijo que no tuviera miedo y me animó y creo que todas me animaron; igual y lo hice, pase la barrera del miedo y lo logré...[20]

[18] *Idem*.

[19] "Laura", entrevista abierta realizada en la Ciudad de México, 20 de mayo de 2018.

[20] "Vanessa", entrevista abierta, 15 de mayo de 2017.

El miedo, es una sensación recurrente en las narrativas de las *tlacuachas*, sentimiento que se encuentra íntimamente relacionado con el sistema de género que se produce en la sociedad mexicana; las jugadoras han llegado a sentirse temerosas, limitadas y poco aptas para realizar ciertos ejercicios tras haber sufrido una lesión o al aprender prácticas corporales nuevas. "Vanessa" expresa lo siguiente al haber regresado a jugar después de la fractura que sufrió:

> […] volví a la cancha en un amistoso que organizaron los viejos y nuevos *tlacuaches*... Ese día entré a la cancha llorando (risas), estaba temblando con un chingo de miedo y tenía el instinto de salirme y decir ni madres mejor no entro; peor me forcé a hacerlo, a quedarme… Mi momento más feliz fue cuando dejé tirada a una morra en el juego de Cuemanco… Mi cuerpo recordó todo el rugby y reaccionó y ahí me di cuenta de que mis limitaciones ya no eran físicas sino mentales; ahí me di cuenta de que podía volver a jugar y dar algo bueno para el equipo.[21]

Por su parte, "Niall" cuenta su experiencia al involucrarse por primera vez en el rugby: "Decía: ¡puta!, se me cae un balón de las manos, no puedo correr y dar un pase; pensaba que no era muy buena para este deporte, después lo fui comprendiendo y fui adecuando a mi cuerpo; al principio pensaba que era pésima y algunos ejercicios me daban miedo, pero con el tiempo he visto que las demás chicas sienten los mismo, y sí, no es un deporte convencional o conocido, es normal que les pase a todos". Argumenta que uno de los movimientos técnicos que le ha generado mayor complicación son los *tackles*; al respecto comenta lo siguiente:

> Cuando empecé, *tacklear* a alguien más grande que yo sí me daba miedo, nunca nos habían enseñado una técnica buena de *tackle*, hasta que cambiamos de entrenador… Con sus motivaciones y ejercicios nos enseñó a confiar en nosotros, bueno al menos a mí sí me pasó eso; poco a poco fui adquiriendo confianza para poder *tacklear* a alguien más pesado que yo, además, la incorporación de la rutina de gimnasio, también, me ha dado confianza; el que puedo cargar cierto peso me hace ver que mi cuerpo es fuerte y tiene la capacidad de recibir un golpe, de llevar al suelo a una persona que me duplica o triplica el peso… Sentía que no tenía las herramientas para decir yo puedo hacerlo, porque eran movimientos que no había aprendido y no los conocía.[22]

Se puede decir que el *tackl*e representa un obstáculo que las jugadoras de rugby deben sortear, ya que se trata de un movimiento que no es aprendido ni adquirido en las técnicas corporales ordinarias de las mujeres (es decir, en su *habitus*); por tal mo-

[21] *Idem*.

[22] "Nial", fragmento pescado de su historia de vida, 24 de mayo de 2018.

tivo, les resulta difícil adecuarse al contacto impetuoso tanto mental como físicamente. Sin embargo, con herramientas corporales, entrenamiento y confianza han podido remover esta problemática.

A su vez, "Anaid" compartió su experiencia respecto a este sentimiento:

> […] tengo miedo a correr, no sé si tiene que ver con cuando me lastimé el pie, pero me da miedo que me vayan a t*acklear* corriendo, como que el impacto vaya a ser muy duro, siento que me puedo lastimar, lo he ido rompiendo, pero no al cien por ciento. Lo que me ha ayudado es jugar y jugar y tener un sistema de juego; eso me ayuda a medir cómo va a ser el contacto; a medida que pasan los juegos voy conociendo a las chicas con las que normalmente me enfrento…[23]

Si se analiza su argumento, en realidad no es la velocidad la que le produce una complicación, sino el miedo al contacto: el temor a ser *tackleada* mientras corre y no lograr controlar la caída; esta actitud tiene que ver con una inseguridad corporal y mental que se presenta en el inconsciente. Al respecto, "Anaid" asegura lo siguiente: "antes de hacerlo ya estoy pensando en qué va a pasar, muchas veces ni pasa así, pero yo en mi mente me pregunto qué tal que me agarran en este ángulo". El factor mente-cuerpo se convierte en un factor muy importante para lograr objetivos físicos.

La experiencia emocional del miedo pasa por dos procesos: *1)* mental (ya sea reflexivo o no) y *2)* corporal, puesto que es allí donde manifiesta el miedo, la incertidumbre y el freno para realizar ciertas actividades.

Ante esta situación, el entrenador a cargo ha generado dinámicas durante los entrenamientos para que las jugadoras adquieran fortaleza corporal y mental, esta última enfocada a que "las jugadoras perciban que pueden lograr cualquier cosa que se propongan si trabajan duro y muestran solidaridad con sus compañeras, pero sobre todo se busca generar confianza en las chicas y que el hecho de ser mujeres o lo que les diga la familia o amigos no las detenga a realizar un deporte como el rugby".[24]

Por ello, se han establecido tres formas para fomentar la confianza corporal, mental y emocional de las jugadoras: *1)* pérdida de miedo al contacto (aprender a caer y recibir golpes), *2)*"Técnica adecuada, enfocada en generar un contacto seguro" y *3)* incentivación colectiva de las capacidades físicas que tiene cada jugadora. Tanto las integrantes del equipo como el entrenador se han encargado de generar un discurso basado en la sororidad, que se basa en una retroalimentación positiva acompañada de frases que las hacen sentir acompañadas, comprendidas, seguras, capaces, fuertes y secundadas.

La confianza es un sentimiento que se forja en el entrenamiento a

[23] "Anaid", relato rescatado de su historia de vida, 26 de abril de 2018.

[24] Eentrevista a Dante Béjar, entrenador de Tlacuaches Rugby Club, 25 de noviembre de 2017.

partir de un elemento intersubjetivo (Snyder, 1990), gesto que se adquiere gracias al intercambio reflexivo y al trabajo emocional y corporal, que trasciende el campo deportivo y permea en la vida cotidiana de las jugadoras. Por medio de la práctica deportiva y de la generación de confianza, *tlacuaches* aprenden a cambiar la forma en la que sienten y expresan sus emociones, sin que se genere un control emocional, sino que más bien se produce una transformación (Puig y Vilanova, 2011). Al respecto, "María" expresa que:

> […] antes de hacer deporte me sentía incómoda, subí de peso y estaba en una relación violenta, mi ex regulaba mis formas de vestir: —No quiero que te pongas esa playera; entonces me sentía ajena a mi cuerpo; a veces me ponía sudaderas para que no me viera, o en el plano de la intimidad cuando estaba con mi pareja también me sentía incómoda, decía: —Ay, éste me va a toca la panza, no quiero… He aprendido a entender que si algo no te gusta tienes que tomar la decisión de cambiarlo, que antepongas la queja por las acciones. A partir del deporte cambió definitivamente mi percepción sobre mí misma… Nos han educado pasivas, a estar sentadas, [el rugby me ayudó a] accionar, el confrontar eso, ver que sí soy capaz.[25]

Por su parte, "Nial" señala que ha:

> […] logrado superar cada reto y cada etapa dentro del rugby; poder quedarme atrás del balón, dar un pase mientras corro; eso me ha hecho progresar como jugadora, he mejorado mis capacidades y he generado confianza en mí. Me siento más fuerte; por ejemplo, si ahorita alguien pasa y me avienta con un carro, siento que mi cuerpo está fuerte, no es como si me hubieran aventado cuando no practicaba rugby; seguramente me voy a lastimar y me voy a raspar, pero siento que mi cuerpo está fuerte y está preparado para retos físicos.[26]

Cabe decir que el rugby se representa como un enfrentamiento en la socialización femenino: lo que han aprendido de ser mujeres y las mujeres que quieren ser; este deporte exige una reapropiación corporal y emocional interna que permite transgredir los roles de género preestablecidos.

De esta manera, la dimensión emocional se presenta como una experiencia social (Snyder, 1990) e interfiere de manera directa en la vida cotidiana y en el desenvolvimiento corporal de las jugadoras. Se puede concluir que, aunque las jugadoras *tlacuaches* son capaces físicamente para realizar todo tipo de movimientos corporales requeridos en el rugby, el que ellas no logren la ejecución de técnicas específicas que requieren agresividad deportiva se debe a que su socialización ha sido

[25] "María", relato rescatado de su historia de vida, 29 de junio de 2018.

[26] "Nial", fragmento pescado de su historia de vida, 24 de mayo de 2018.

trazada por un control que repercute en el cuerpo y en las emociones, generando que las mujeres se sientan física y mentalmente ineficientes, débiles y torpes a la hora de realizar algún ejercicio de este tipo.

La práctica deportiva genera una reconfiguración tanto del cuerpo y de las emociones como de la percepción que las practicantes tienen sobre sí mismas como mujeres y como jugadoras de rugby; los entrenamientos son sumamente importantes, quizá más que los juegos, ya que es en este espacio donde las deportistas se reconstruyen, además de que forjan relaciones de sororidad y empoderamiento femenino.

Las emociones se aprenden, construyen y simbolizan a partir de normas que indican cómo se debe sentir y actuar dependiendo de ciertas situaciones, estructuras sociales y condiciones genéricas; por ejemplo, a los hombres se les permite expresar cierto tipo de emociones que a las mujeres no. Las emociones conllevan un comportamiento aprendido y al ser una conducta adquirida se puede producir control sobre ellas. El entrenador y las mismas practicantes señalan que es necesario conectar la mente, el cuerpo con la mente o, mejor dicho, realizar un ejercicio de reflexión que permita identificar "qué sentimos y por qué", actitud que ayuda no sólo a canalizar las emociones sino también a entender los procesos corporales, personales y sociales que limitan el desenvolvimiento de las jugadoras.

Los ejemplos antes expuestos demuestran que las experiencias deportivas de las jugadoras de rugby del club Tlacuaches se encuentran marcadas por cuatro dimensiones: la sociocultural e histórica, la de género, la psicológica y la fisiológica, que interfieren de forma directa en el ámbito mental y en el desenvolvimiento corporal y emocional de las practicantes del deporte y, por ende, influyen en el ritmo de juego, en su desempeño físico individual y colectivamente. Por este motivo se puede concluir que el núcleo social, la educación familiar y los grupos a los que pertenece cada jugadora intervienen en la somatización de sus emociones, factores que no están aislados puesto que se construyen mutuamente. En este sentido, dichas dimensiones no se pueden analizar como esferas separadas puesto que se encuentran íntimamente relacionadas.

REFLEXIONES FINALES

Este artículo tuvo como propósito rescatar las emociones que experimentan las jugadoras de rugby y reflexionó sobre las desigualdades que se viven en la práctica deportiva femenina y en los procesos complejos que intervienen en la construcción de las subjetividades asociadas al género y al deporte, a partir de la reconstrucción de testimonios, entrevistas y diálogos casuales con las jugadoras de Tlacuaches Rugby Club.

El trabajo de campo presentado permitió sustentar algunas de las problemáticas que envuelven la práctica deportiva de las *tlacuachas*: la principal giró en torno al género. Al tratarse

de mujeres que decidieron ejecutar una actividad física de manera constante y disciplinada, tuvieron e incluso siguen sorteando la desvalorización de sus prácticas a nivel social, cultural, corporal y emocional, por el siempre hecho de ser mujeres y deportistas. La segunda se destacó por el tipo de deporte: el rugby es un juego en conjunto que socialmente se considera demasiado rudo, agresivo y poco apto para el género femenino; las jugadoras han tenido que enfrentar "la mirada del otro", recibiendo adjetivos descalificativos que cuestionan sus capacidades físicas, circunstancias que les ha permitido forjar una identidad colectiva que las ha llevado a la resistencia y la sobrevivencia grupal a partir del trabajo colectivo, la organización, la solidaridad, el respeto, el cariño, la hermandad, la sororidad y el soporte mutuo.

A pesar de que las jugadoras experimentan un inmenso corolario de emociones, se encontró que el miedo es un sentimiento recurrente en ellas, ya sea por el contacto corporal, las caídas, los golpes, el temor a lesionarse, etc., o por el ámbito personal, familiar y social en el que viven. La participación con observación permitió comprender el papel que desempeñan las emociones en la vida deportiva y cotidiana de las jugadoras de rugby, lo cual colaboró a percibir los sentimientos que experimentan y cómo los somatizan, además se vislumbró que la dimensión emocional se construye, reconstruye y delimita colectivamente dentro de un espacio y tiempo definido.

Cabe destacar que esta indagación colaboró para hacer entender que cuando las mujeres practican un deporte de contacto, éste requiere que adopten procesos corporales y emocionales a los que no se enfrentan comúnmente debido a que su *habitus* y socialización les ha conferido que adquieran o adopten técnicas corpóreas específicas, según su sexo o rol social, lo cual evidencia la estrecha relación que existe entre la corporalidad y los símbolos morales e intelectuales de la cultura mexicana. La etnografía realizada ha constatado que las jugadoras *tlacuachas*, al adentrarse al mundo deportivo, han tenido que aprender nuevas técnicas corporales, mismas que se han convertido en actitudes que les han ayudado a romper con los esquemas corpóreos y emocionales establecidos moralmente. A partir de la sororidad, la solidaridad, el empoderamiento y la conexión mente-cuerpo se han relacionado de manera segura con su entorno, mejorando sus técnicas corpóreas, sus habilidades cotidianas y su experiencia deportiva, física y psicológica.

Por ello, se puede inferir que el deporte tiene dos cualidades sociales: por un lado, representa un medio de control, distracción y reproductor de esquemas patriarcales, pero, también, puede convertirse en un lugar que permite la transformación simbólica en torno a la dimensión emocional y del cuerpo; un espacio que propicia la ruptura de los esquemas socialmente implantados; un vehículo que puede generar políticas públicas que incentiven las prácticas deportivas de los y las jóvenes, y colabore al desarrollo integral de los ciudadanos. El rugby, por su parte, ha representado una ma-

nera de transformar la cotidianidad de las *tlacuaches* en varios sentidos: desde la sociabilidad, la percepción en torno al deporte y a la autopercepción del cuerpo.

El presente trabajo apunta a la necesidad de abordar, de analizar y de entender cómo se forman nuevas subjetividades durante la práctica deportiva; en este sentido, la investigación puede aportar un granito de arena en cuanto al abordaje antropológico de la experiencia femenina en el deporte, y puede ayudar a comprender no sólo qué tipo de emociones experimentan las deportistas, sino también, las opciones sociales que están construyendo las mujeres para eludir las concepciones negativas que giran en torno de sus prácticas y de actividades corporales.

Comprender y analizar la situación emocional y corporal de las mujeres permite dar cuenta de la situación y de las dificultades que experimentan tanto en su vida como en sus actividades diarias y en los deportes que practican. Si los antropólogos no toman en cuenta la práctica deportiva en general, y en particular las experiencias cotidianas de las deportistas, se estarán perdiendo de gran parte de la realidad contemporánea en cuanto a estudios de género sobre la mujer, las transgresiones y las alternativas que ellas mismas generan para emancipar sus cuerpos.

BIBLIOGRAFÍA

Birch, John (s.f.), "Who was the first woman of rugby?", *Women's Rugby*…, recuperado en: <http://www.rugbyrelics.com/Museum/topics/womens-rugby-history.htm>, consultada en noviembre de 2017.

Bourdieu, Pierre (1998), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.

Bourdin, Gabriel Luis (2016), "Antropología de las emociones: conceptos y tendencias", *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas,* vol. 23, núm. 67.

Calderón Rivera, Edith (2014), "Universos emocionales y subjetividad", *Nueva Antropología*, vol. XXVII, núm. 81, pp. 11-31.

Del Mármol, Mariana, Ana Sabrina Mora y Mariana Lucía Sáez (2012), "Experimentar, contabilizar, interpretar. Conjunciones metodológicas para el estudio del cuerpo en la danza", en Silvia Citro y Patricia Aschieri (coords.), *Cuerpos en movimiento. Antropología de y desde las danzas,* Buenos Aires, Culturalia.

Díez, Carmen y Jone Hernández (2008), "¿Acaso no hay diosas en el olimpo? Práctica deportiva y sistema de género: apuntes de una investigación en marcha", en Luis Cantarero, F. Xavier Medina y Ricardo Sánchez, *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación*, Donostia, Ankulegi Antropologia Elkartea, pp. 147-163.

Dunning, Eric (2014), "El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones", en Elias Norbert y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, fce, pp. 349-368.

Elias, Norbert y Eric Dunning (2014), *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, fce.

Ekman, Paul (1980), *The Face of Man: Expressions of Universal Emotions in a New*

Guinea Village, Nueva York, Garland STPM Press.

_____ (2004), *Emotions Revealed: Recognizing Faces And Feelings to Improve Communication and Emotional Life*, Nueva York, Times Books, recuperado en: <https://www.bmj.com/content/328/Suppl_S5/0405184>, consultada el 1 de junio de 2021.

Geertz, Clifford (1973), "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa, pp. 19-41.

Hochschild, Arlie (1979), "Emotion Work, Feeling Rules and Social Structure", *American Journal of Sociology*, núm. 85, pp. 551-575.

Le Breton, David (2012), "Por una antropología de las emociones", *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad,* año 4, núm. 10, pp. 69-79, recuperado en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/viewFile/208/145>, consultada en junio de 2020.

Lutz, Catherine y Geoffrey White (1986), "The Anthropology of Emotions", *Annual Review of Anthropology*, vol. 15, núm. 1, pp. 405-436.

Moreno, Rosa (2020), "Las chicas son pioneras", *H. El rugby que se lee. Revista Panenka*, 25 de noviembre, recuperado en: <https://www.revistah.org/miradas/blogs/viajealrugbyperdido/las-chicas-son-pioneras/>, consultada en mayo 2021.

Puig, Núria (2012), "Emociones en el deporte y sociología", *Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, vol. VIII, núm. 28, pp. 106-108.

_____ y Ana Vilanova (2011), "Positive Functions of Emotions in Achievement Sports", *Research Quaterly for Exercise and Sport*, núm. 82, pp. 334-334.

Ramírez Goicoechea, Eugenia (2001), "Antropología compleja de las emociones humanas", *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España*, núm. 25, pp. 177-200.

Rosaldo, Michelle (1980*), Knowledge and Passion: Ilongot Notion of Self and Social Life*, Cambridge, Cambridge University Press.

_____ (1984), "Toward an Anthropology of Self and Feeling", en Richard Schweder y Robert Levine (comps.), *Culture Theory. Essays on Mind, Self and Emotion*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 137-157.

Rugby Femenino (s.f.), "Rugby femenino" (blog informativo), recuperado en: <https://rugbyfemeninoudec.jimdo.com/rugby-femenino/>, consultada en noviembre de 2017.

Silveira, Sara (2001), "La dimensión de género y sus implicaciones en la relación entre juventud, trabajo y formación", en Enrique Pieck (coord.), *Los jóvenes y el trabajo,* México, uia/unicef, 2001, recuperado en: <http://www.ibero.mx/campus/publicaciones/jovenes/pdf/epieck15.pdf>, consultada en febrero de 2018.

Snyder, Eldon (1990), "Emotion and Sport: A Case Study of Collegiate Women Gymnasts", *Sociology of Sport Journal*, núm. 7, pp. 254-270.

Wacquant, Löic (2006), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Argentina, Siglo XXI Editores.